

Una imagen resonante

Por: David Medina*

La Escombrera es un lugar que concentra de forma masiva la lógica perversa de la violencia en Colombia y es ahora, sobre todas las cosas, un lugar de lamentación que ha sido silenciado. En *Duelos*, la obra de Clemencia Echeverri, se despliega frente a nosotros un espacio de vistas múltiples, un lugar de contemplación y de escucha que intenta acercarse a este acontecimiento oscuro y doloroso —tan doloroso que sólo puede ser rodeado y observado desde la distancia y su superficie.

Frente a este hecho Echeverri construye una obra que podría interpretarse como una reliquia intangible y una exhumación simbólica: la construcción de un memorial que sólo puede mostrar los elementos diversos de ese otro edificio funerario construido a partir de escombros y fragmentos, un edificio inédito hecho de edificios que se derrumban y que encierra a su vez el terror de la muerte sistemática e impune. Imágenes del lugar y de su textura derruida se muestran junto a los sonidos (fragmentados también, en una especie de simetría en reinos materiales distintos) de las voces de las madres que buscan a sus hijos, los vivos que buscan a los muertos en la montaña de materiales quebrados, a través del sonido de una cascada incesante de escombros.

La palabra imagen tiene un origen etimológico funerario: imago era una especie de máscara mortuoria que las familias nobles romanas hacían de sus muertos, generalmente con cera de abejas, y que luego eran usadas por actores silentes en la procesión funeraria. En la fosa común donde no se encuentran los muertos se interrumpe el proceso de identificación y el rostro de las víctimas se hace invisible. Es a través del duelo donde un eco de la identidad del que desaparece se hace presente. La obra de arte, desde la misma concepción de la imagen (visual y sonora), tiene siempre esta dimensión funeraria, la de una realidad que

desaparece detrás del símbolo, un rastro espectral que informa nuestra tradición oral y escrita y en donde cada palabra es epitafio.

El lamento es un acto fundamentalmente sonoro (compuesto del llanto, gemidos, gritos y otros gestos de la aflicción profunda) que en la tradición histórica literaria se ha puesto generalmente en boca de mujeres. Mujeres a las que también se les ha confiado el trabajo de lamentar, en los ritos funerarios de muchas culturas, como plañideras. Un lamento y un llanto que en el s. XVI es silenciado por las constituciones sinodales de la iglesia española (sustituyéndolo por clérigos seculares y religiosos silentes) y que posteriormente sobrevive en formas musicales que subliman el llanto y la endecha medieval. En *Duelos*, Echeverri construye un espacio sonoro a partir de las voces entrecortadas de las madres de un modo en el que se cancela el reconocimiento o interpretación de sus palabras. Al reducir el discurso a sus elementos fonéticos esenciales y a través de su repetición y acumulación, la voz del testimonio se convierte en un espacio coral al que se le agrega la presencia de una voz baja masculina y que conforman, juntos, una especie de basso continuo abstracto, de contrapunto de intensidades.

Este artículo hace parte del libro *Duelos* de Clemencia Echeverri.

*David Medina. Artista colombo-venezolano. Ingeniero en computación con Maestría en Artes Plásticas y Visuales detrás del colectivo grama.co. Su trabajo sucede en la intersección de la tecnología y la estética usando lenguaje, sonido y algoritmos generativos como herramientas de investigación. Las políticas de la interface, traducción como medio expresivo y el lenguaje como forma son algunas de sus áreas de interés utilizando software, video, performance, impresos y otros medios. Vive y trabaja en Bogotá.